

# Homily by Monsignor Michael Hazard

St. Joseph Church, 936 Lake Street, Kalamazoo Michigan 49001

---

27° DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

2011-10-02

Una de nuestras limitaciones, una que afecta a muchos de nosotros, es la miopía. La miopía es un defecto de los ojos. Con ella, la persona puede ver bastante bien las cosas que están de cerca; pero las cosas a más distancia se ven borrosas. La miopía se puede corregir con las lentes recetadas.

Pero la miopía no se refiere sólo a un defecto de los ojos. La misma palabra se usa para indicar un defecto de la comprensión humana. Este defecto nos puede afligir en la esfera moral. Por ejemplo, una tentación, algo que nos parece divertido de cerca, puede tener consecuencias futuras a nosotros invisibles. Y, lamentablemente, sólo persiguiendo lo divertido, descubrimos las consecuencias penosas.

La miopía nos puede causar problemas en nuestro trato con Dios. La miopía les fue una limitación grave para los judíos mencionados en las lecturas de hoy. Los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo con quienes Jesús hablaba ya no podían ver que el campo de su servicio pertenecía a Otro, a Dios. Tratan la religión como si fueran ellos los propietarios de ella.

Isaías, en la primera lectura, “canta” la decepción que siente Dios en cuanto a su pueblo, Israel. La descendencia del patriarca Israel, las doce tribus que surgieron de él, fueron los llamados de Dios. Aun ahora son su querido pueblo. (Entre paréntesis, no hablo del estado de Israel, sino de los seguidores de la religión judía.) Dios no se retracta lo que le ha prometido a Israel. Dios es fiel. Dios es fiel a sus promesas, a su alianza con el Pueblo Israel, aun cuando el pueblo se desvía. Porque Dios ama a su pueblo, que es su creación. dejar

Sin embargo, cuando el pueblo falla en realizar las esperanzas de Dios, el pueblo experimenta el sentido de cómo es la vida sin Dios. En términos de la imagen que nos otorga Isaías, la de la viña que Dios plantó, preparó, protegió, Israel se sentía solo, desamparado, abandonado a las naciones merodeadoras. Pero la verdad fue que Israel había abandonado a su Dios.

En el evangelio, la imagen de la viña, o bien el viñedo, se trata de una responsabilidad confiada a los líderes religiosos del pueblo. Jesús les acusa de repetir los pecados de sus antepasados, quienes no les hicieron caso a los muchos profetas enviados por Dios para dirigir a su Pueblo. A través de los años, los líderes de Israel tanto se habían arrogado el dominio de la religión judía que se pensaban a sí mismos sus propietarios. Y ahora, los mismos “sumos sacerdotes y ancianos del pueblo” se estaban oponiendo al Hijo enviado a recoger el fruto del viñedo.

¿Qué precisamente es el fruto que Dios busca en nuestro tiempo? Nuestra fe, la confianza nuestra. La entrega de nuestro ser a Dios, la dedicación de nuestra vida a perseguir la misión de Cristo, el construir el reino de los cielos en el mundo actual.

A la misma vez, la fe de la Iglesia, la fe que nos une en una familia, es la lente que nos corrige la miopía, enseñándonos nuestro propio lugar en el plan de la salvación, otorgándonos una vista correcta de quiénes somos en el amor de Dios.

Tomemos un minuto de reflexión. ¿Cuáles son las consecuencias de nuestro modo de vivir actual? ¿Qué nos impide a confiarnos a Dios?